



Metz, Toul, Verdun y Cambray. Una vez tomado su nuevo partido, Mauricio se dejaba caer inopinadamente sobre Inspruck, de cuya ciudad se ve obligado el emperador, enfermo y todo (22 de Mayo de 1552), á huir, dirigiéndose á toda prisa hácia Willach en la Carintia, mientras que Enrique II hace invadir la Lorena. Carlos V, que tenia aún á su disposicion todos los medios materiales para continuar la guerra, pero que parecia haber perdido las esperanzas que antes alimentara de poner fin personalmente á aquella tenaz lucha, transmitió á su hermano Fernando la mision de concluir el tratado de Passau (30 de Julio de 1552), en cuya virtud fué puesto en libertad Felipe de Hesse, bajo condicion de arreglar al poco tiempo y en una Dieta los asuntos religiosos y políticos. De resultas de la guerra con la Francia se retardó la Dieta de Augsburgo hasta el dia 5 de Febrero de 1555. Ambos partidos tenian ya la conviccion de que en adelante, y en el punto á que habian llegado las cosas, ni conferencias ni concilios podrian apaciguar ya las disensiones religiosas, y que era necesario pensar en restablecer el órden y la paz en el imperio, dejando por entonces indecisas las cuestiones religiosas. Despues de prolongadas negociaciones se llegó al fin á la *paz religiosa de Augsburgo*, que debia subsistir, cualquiera que fuese la solucion que se diese á la cuestion eclesiástica. En ella se aseguraba la libertad de cultos á los católicos y á los adherentes de la confesion de Augsburgo, y los súbditos de todos los Estados tenian derecho de emigrar, sin dificultad ni vejacion de ninguna especie, en el caso que creyesen oprimida su conciencia. Lo que dió lugar á las más graves dificultades, fué la reserva eclesiástica (*reservatum ecclesiasticum*), segun la cual los Estados eclesiásticos que pasasen al protestantismo debian perder su dignidad y ser reemplazados en nuevas elecciones por los católicos. Recordábanse los ejemplos de Alberto de Brandeburgo, Hermann de Colonia y otros obispos; pero Fernando, á pesar de todas las posiciones, hizo pasar aquella cláusula, aunque fué necesario al mismo tiempo dejar pasar en el tratado la protesta de la parte contraria, lo cual fué el gérmen de las

sangrientas guerras de religion que sobrevinieron despues.

Edad notable para la vida humana hubiera sido en verdad la que nacia al finalizar el siglo XV; edad de investigaciones científicas, de adelantos artísticos, de descubrimientos especiales, que revelan los nombres de Bertoldo, Schwartz, Gioja, Guttenberg, Colon, Pizarro, Cortés y otros cien, á no haber sido turbada por el gérmen del error que acabamos de mencionar con la extension que el asunto merece, en desenvolvimiento de la Historia.

No ménos que el error de Lutero, contribuyó el renacimiento á dar cierta mal avenida direccion con la verdad á los estudios sérios y fundamentales de la vida.

La marcha general de la vida nos ofrece una Historia azarosa en el imperio otomano bajo Mohamet II y Bayaceto; una existencia revuelta y batalladora en las posesiones monárquicas y republicanas de Italia, bajo la presion de tantos sofistas como la inundaban; y en Milan y en Venecia, como en Florencia y Roma, todas son luchas y complicaciones, atizadas por la pasion más violenta.

En Francia, despues de la guerra de los cien años, Luis XI, el hijo de Carlos VII, pretende poner límites á la soberbia del feudalismo, y este se defiende, bajo el nombre de *las ligas del bien público*, ligas de la nobleza contra el trono; entregándose más tarde la Francia en las revueltas sucesivas á sostener su predominio contra la casa de Austria. En Inglaterra, la guerra de *las dos razas* aniquila y agobia al país, diezma al pueblo, merma á la nobleza y hace sucumbir ochenta príncipes, unos en pos de otros, que se suceden en sus ambiciones, sin fruto y sin provecho para la nacion.

La Turquía entra en plena decadencia despues de la muerte de Soliman, digno contemporáneo en la fama de sus hechos guerreros de Carlos V y Francisco I, si bien su historia aparece manchada con la perniciosa influencia de su favorito Roxanas; despues de Soliman, el trono de Turquía se ve ocupado por una miserable série de emperadores salidos del fondo de los serrallos y gobernados por prostituidas mujeres y viciosos eunucos.



Las luchas entre Carlos V y Francisco I, los reyes caballeros y cristianos de esta época, el vencedor de Pavía y el prisionero en Madrid, quedan terminadas en el tratado de Crepy. Estas luchas no fueron tan sólo la expresion de una rivalidad personal entre los dos reyes, fueron más bien la reñida batalla entre la época cristiana que espiraba y la malhadada época que nacia; este es el secreto gérmen de estas gigantescas luchas. Desde este momento, la voz de la soberbia, el espíritu del error predicado, divide y separa á las naciones, y enciende en el corazon de Europa un extenso volcan, un voraz incendio, que amenaza devorarlo todo; y en Francia como en Alemania, en Suiza como en Inglaterra y Países-Bajos, se nos ofrecen luchas fratricidas, alentadas por el trastornador protestantismo. En España, la figura de Felipe II preside con enérgica sabiduría sus destinos; en medio de esta tan horrosa complicacion europea, castigo sin duda del error que se extiende, propaga é impera en lo interior de las conciencias y secreto del pensamiento humano.

El historiador italiano de nuestro siglo compendia la época presente de la Reforma en los siguientes términos:

«Carlos V, al mismo tiempo que se completa el descubrimiento de la América, intenta hacer revivir el pensamiento de un imperio cristiano, y lleva la cruz á desterrar la barbarie de las playas africanas. Aún quedan en la nueva edad las huellas de la Edad Media: el municipio, los señoríos, el rey y los jefes de partidas respiran la antigua atmósfera; la Italia, combinando en las bellas artes y en la literatura la fecundidad nacional con la imitacion de lo antiguo, produce otro de los célebres siglos de oro, y la palabra virtud, que entre los primeros romanos era sinónimo de valor, es en esta época la expresion que significa el mérito en las artes de recreo. Pero la muerte de Carlos el Temerario, la lucha entre Francia y Austria, el saqueo de Roma por los católicos y Francisco I, último de los caballeros que en Pavía *pierde todo ménos el honor*, anuncian una era de positivismo, de cálculo, de razon y de protesta.

Mal se encubre la corrupcion profunda en

el esplendor de las artes y de las conquistas. La Italia sigue pintando y cantando, mientras está á punto de perder su independencia, como los habitantes de Pompeya corrian al teatro momentos antes de sepultarse la ciudad; la depravacion penetra en el santuario, en los gabinetes y en las familias; la idolatria resuena en el canto de los poetas y en el estudio de los artistas, y la corrupcion halla tambien cabida en el poder espiritual, que al perder el conocimiento de sus deberes, pierde igualmente la confianza de las naciones. ¡Qué magnífica empresa para un reformador que hubiese sido capaz de volver á traer al terreno de la verdad y de la luz las ideas prácticas, tan enmarañadas, y desenredar las intrincadas relaciones eclesiásticas y seculares, políticas y religiosas! Pero Lutero, sin tener todas las altas cualidades que se requieren en un reformador, se lanza á la ventura á provocar una revolucion. Desde entonces queda irreparablemente rota la unidad de las ideas; el protestantismo no influye sólo en el dogma y la disciplina, sino que se insinúa, ya descubiertamente, ya con perfidia, por todas partes, germinando en las letras, en el Estado, en las costumbres, en la filosofía y en la ciencia, y dejando en herencia al porvenir esta division, que todavía malquista á los hombres, y poniéndolos en los opuestos bandos del egoismo y de la universalidad, de la conservacion y del progreso, de la discordia y de la armonía, y que no cesará hasta que una inmensa efusion de doctrina empuje de nuevo á la sociedad hácia la verdadera fuente de la luz y de la paz.

Demasiado conocidas son las miserias de aquella pomposa barbarie, cuando el fanatismo y la intolerancia subvierten no ménos los reinos que las familias, cuando la inquisicion, Calvino y Enrique VIII se dan prisa á encender hogueras y erigir cadalsos. Entonces las artes ven enturbiadas las fuentes más puras de lo bello; la literatura se convierte en polémica; hasta la verdadera ciencia queda reprimida por temor de los excesos; una guerra de las más largas y homicidas devasta el corazon de Europa, y la Alemania, el Estado más floreciente de la Edad Media, se ve conducida irrepara-



blemente hácia su ruina por la estrella de Waldstein y los cañones de Gustavo Adolfo. Desángranse los pueblos buscando lejanos dominios, y las suntuosas miserias españolas, insinuándose en la literatura y en la vida de los italianos, les resignan á perder su independencia cuando los demás pueblos las conquistan.

El concilio de Trento no restablece la unidad, pero fija la teología y cierra la historia exterior de la Iglesia. Tampoco la paz de Westfalia reconcilia la Alemania, que con semejante constitucion viene á ser el eje de la política europea. Este es el primer modelo en grande del sistema de equilibrio, que por medio de alianzas políticas, contrapesos materiales y artificiosas transacciones, hace caminar á la Europa entre el error y la verdad; sistema por el que los estados más poderosos garantizan á los débiles, que á pesar de su inferioridad, llegan á considerarse iguales é independientes. Desde este punto queda arreglado todo por los gabinetes; introdúcese la tranquilidad en la lucha; la guerra se convierte en ciencia, y se crea la diplomacia. El gobierno monárquico, general ya en Europa, impide el violento choque de las facciones como allá en otros tiempos; la Inglaterra completa su constitucion; los papas, convertidos en potestades seculares, no dirigen, sino que siguen el movimiento universal, y finalmente, el Austria se reviste del carácter pacífico y conservador que por lo general ha conservado en lo sucesivo. Hasta la guerra contribuye á desarrollar el pensamiento desde que la autoridad cede su puesto á la discusion; con Lope de Vega, Camoens, Shakspeare, Milton y el Tasso se ve la literatura agitada de modernas pasiones; pero no olvidemos que Galileo y Descartes fueron católicos, y que los reformistas no tienen un hombre que oponer, no diremos al de Miguel Angel ó Rafaél, pero ni al de Bossuet, Fenelon ó Condé.»

Por lo que se refiere á la historia pátria, hemos apuntado las glorias de los Reyes Católicos, primeras figuras en la genealogía de nuestros monarcas.

Siguiendo desde esta época la sucinta relacion de los sucesos, consignaremos, siguiendo á un autor metódico y compendioso, los prin-

cipales sucesos que nos restan despues del apogeo de los vencedores de Granada:

«Tantos triunfos y prosperidad tanta no estuvieron libres de muy amargos pesares. Perdieron los Reyes Católicos á sus hijos D. Juan y doña Isabel, casada con el rey de Portugal. Su hija doña Juana, casada con el archiduque de Austria D. Felipe, enfermó, y su otra hija doña Catalina casó con el cismático Enrique VII de Inglaterra. La buena y magnánima doña Isabel, intachable en su conducta como reina y como mujer, aquella reina de quien dice un autor contemporáneo «que era el espejo de todas las virtudes, el escudo de los inocentes y el freno de los malvados,» no pudiendo soportar tantos disgustos, murió en Medina del Campo (1504), con general sentimiento de todos los castellanos, que presentian lo que iban á perder por su muerte en libertades, en tranquilidad y bienestar, y á causa de la nueva dominacion extranjera, que entraba á reinar en España con la casa de Austria, desconocedora de nuestros buenos usos y costumbres. Nombró en su testamento á doña Juana por heredera de la corona de Castilla, y despues de su muerte á D. Carlos, su nieto, y al rey D. Fernando, su marido, regente del reino hasta que D. Carlos llegase á la edad de veinte años.

Este reinado, que inauguró la dominacion de la casa de Austria en España, fué de bien funestas consecuencias para los castellanos. D. Felipe, removiendo de sus empleos á la mayor parte de los magistrados y gobernadores, colocó en ellos á los flamencos que le habian acompañado, dejando á su disposicion el gobierno del estado, y consintiendo además que hiciesen un tráfico escandaloso con las vacantes. Esta conducta hubiera acarreado muy serias consecuencias, á no haber muerto D. Felipe á los nueve meses de su llegada á España.

Despues de la muerte del rey se formó un Consejo de regencia provisional, vista la incapacidad de doña Juana, llamada la *Loca*, compuesto de siete señores y presidido por el arzobispo de Toledo, D. Fr. Francisco Jimenez de Cisneros, el cual se presentó á la reina en uno de aquellos lucidos intervalos en que recobra-



ba su razon á darla cuenta de lo acordado. La reina contestó que su padre D. Fernando vendría y proveería á todo. No eran unánimes los pareceres acerca de la venida de D. Fernando, y divididos los grandes en dos partidos, habia gran confusion en el reino: uno de ellos, capitaneado por el arzobispo de Toledo, Cisneros, y el duque de Alba, estaba por D. Fernando; el otro, al frente del cual figuraban el duque de Nájera y el marqués de Villena, se inclinaba al emperador Maximiliano; al fin se juntaron las Cortes y se declararon por el rey Católico, dándole la regencia del reino.

Puesto en posesion el rey Católico de la regencia, su primer cuidado fué asegurar el orden, seriamente amenazado por el partido de los descontentos; los castigos ejemplares que se hicieron en Córdoba, Segovia y Niebla, pueblos que se sublevaron, prueban bien que se hizo respetar. Una vez seguro en la sumision de sus reinos, se dedicó á continuar en el exterior sus planes de engrandecimiento. Con este fin entró en la famosa liga de Cambray con el papa Julio II, el rey de Francia y el emperador Maximiliano contra los venecianos. Continuó con actividad los descubrimientos del Nuevo-Mundo; ayudó al arzobispo Cisneros en la conquista de Orán, enviando despues sus ejércitos á apoderarse de Bujía y Trípoli, y obligando á pagar tributo á los reyes de Tánger y Túnez. Conquistó la Navarra española, agregándola á la corona de Castilla, y sus ejércitos triunfaron completamente en la guerra de Italia de las armas francesas. Al morir declaró en su testamento heredera de todos sus Estados á la reina doña Juana, su hija, y despues de su muerte al príncipe D. Carlos su nieto; nombrando al cardenal Jimenez de Cisneros regente de Castilla, y al arzobispo de Zaragoza regente del reino y estados de Aragon.

Pocos reinados ofrecen las naciones tan fecundos en acontecimientos notables como lo fué el de los Reyes Católicos en España. Con su estímulo se comenzaron á formar los sábios y artistas eminentes, que cultivaron con tanta originalidad como genio las letras y las artes en los reinados siguientes; bajo su proteccion se lanzó Cristóbal Colon al descubrimiento del

Nuevo-Mundo; por su piedad religiosa fué conquistada Granada, y por su vida ejemplarísima comenzaron á reformarse las costumbres; y mediante un gobierno enérgico, prudente é ilustrado, fundaron la España, fuera de Portugal, en una sola monarquía; la agregaron Nápoles, Sicilia, las costas de Africa y las Américas, haciéndola de este modo la potencia más poderosa de Europa, y haciéndose ellos mismos temer y respetar de los demás soberanos de su tiempo. Florecieron en esos tiempos por sus heróicas virtudes San Vicente Ferrer, San Diego de Alcalá, San Juan de Sahagun, San Pedro Arbués y San Pedro Regalado; por sus escritos, Pablo de Santa María, el Burgense, su hijo Alfonso de Santa María, Alfonso Tostado, el Abulense, Antonio de Nebrija, D. Alvaro, escritor de la *Crónica de D. Juan II*, Fernando del Pulgar, el Curá de los Palacios, Gonzalo de Ayora, Angleria y Galíndez Carvajal.

D. Fr. Francisco Jimenez de Cisneros, nacido en Torrelaguna, religioso franciscano, arzobispo de Toledo nombrado por la reina doña Isabel, y cardenal de España por súplica del rey Católico, fué uno de esos personajes de primer orden, cuyo elevado genio, cuyo gran talento político, fuerza de voluntad y recta intencion, le colocan, si no más, al igual con los grandes hombres de Estado de la Historia moderna. Ochenta años tenia cuando se encargó de la regencia de Castilla por muerte y testamento del Rey Católico, á causa de la incapacidad de la reina doña Juana y de hallarse ausente el príncipe D. Carlos.

Es digno de elogio su gobierno, porque extendió y consolidó la jurisdiccion real dentro de los fueros y leyes de Castilla, así contra las intrusiones de los austriacos, como contra las pretensiones de la nobleza. Dió pruebas de lo primero sosteniendo enérgicamente su autoridad contra Adriano de Utrech, dean de Lovaina y preceptor del príncipe D. Carlos, enviado aquí como embajador para representarle. Y las dió de lo segundo arrancando de una sola pluma á los magnates todas las rentas y posesiones de que les hizo donacion Fernando V.

No olvidó Cisneros otros tres puntos importantísimos entonces para nosotros: la conquista



de los países berberiscos, de cuyas resultas se apoderó de la plaza de Oran, y que si no continuó, no fué por su culpa; la reforma necesarísima, así de monacales como de mendicantes, para lo que estaba facultado por la bula de Alejandro VI, y la restauracion de los estudios en ambos cleros, haciendo imprimir muchas obras sagradas y profanas, y entre aquellas la impresion de la *Biblia Poliglota*, llamada *Complutense*. Se debe, por último, al cardenal Cisneros la fundacion de la universidad de Alcalá, la del colegio mayor de San Ildefonso y de otros menores para estudiantes pobres. Una sola cosa se le censura acaso con sobrada ligereza, y es que en lugar de seguir la conducta del primer arzobispo de Granada, fray Hernando de Talavera, convirtiendo á los moriscos por la persuasion, la enseñanza y el amor, empleó los medios del terror para amedrentarlos y obtener una conversion como quiera.

Proclamado antes ya D. Carlos rey de España, hizo su entrada por Villaviciosa de Astúrias. El célebre regente salió á recibirle, pero Carlos V y los flamencos huyeron de él por no recibir sus severos consejos. Este desaire del emperador y su edad le acabaron la vida en Roa, sin conocer al nuevo soberano ni resignar en sus manos un poder tan sábiamente ejercido.

Carlos, hijo de Felipe el Hermoso y de doña Juana la Loca, fué proclamado rey de España, siendo regente el cardenal Cisneros, y coronado, aun viviendo su madre, que era la reina propietaria, no sin algunas dificultades que opusieron los aragoneses por esa misma razon. No bien llegó á España, cuando la muerte de su abuelo, el emperador Maximiliano, le llamó al trono imperial y á la rica sucesion de los Estados que poseia su casa en Alemania. Determinó convocar las Cortés del reino á fin de exigir algunas sumas para los gastos de su coronacion y otros asuntos.

Los castellanos recibieron con descontento esta determinacion de D. Carlos: primero, porque contra lo dispuesto en un capítulo de las Cortés de Búrgos, veian ocupados por los extranjeros los principales puestos del reino, manifestando en esto D. Carlos, así como en

otras cosas, poco respeto á las leyes y costumbres de Castilla; y segundo, por la novedad de convocar las Cortés para Santiago, cosa nunca vista hasta entonces, y que cedia en mengua de las ciudades de Castilla y Leon. Como quiera que sea, las Cortés se abrieron, y despues de diferentes sesiones, nada pudo concluirse en ellas, porque los procuradores de Toledo, Sevilla, Córdoba, Zamora y otras ciudades, se negaron á conceder el servicio que pedia D. Carlos.

Vivamente irritado de esta negativa, trasladó las Cortés á la Coruña en Mayo del mismo año, y allí, no sin una oposicion fuerte, pudo conseguir un servicio de 200.000.000 de maravedís en tres años, si bien no dejaron de insistir los procuradores en que los empleos civiles y las dignidades eclesiásticas se confiriesen únicamente á españoles, y que españoles fuesen tambien aquellos á quienes confiase el gobierno en su ausencia. Las cosas, sin embargo, quedaron en el mismo estado, y el rey nombró gobernador de Castilla y Leon al cardenal Adriano, asociado con el presidente y chancillería de Valladolid; virey de Valencia á D. Diego de Mendoza; justicia de Aragon, á D. Juan de Lanuza, y capitán general de sus armas, á D. Antonio Fonseca. Hubo quejas y representaciones contra el nombramiento de gobernador; pero D. Carlos no dió oídos, y se hizo á la vela el 20 de Mayo de 1520.

Esta manera de obrar produjo tal descontento y enojo, que algunas ciudades, bajo la voz y divisa del bien de la patria, ahorcaron á alguno de sus procuradores por haber votado el donativo de los doscientos millones. La sublevacion fué comunicándose de pueblo en pueblo con tal rapidez, que en un momento se vieron levantadas las dos Castillas, y parte de las Andalucías. Los pueblos sublevados tomaron el nombre de *Comunidades*, y los individuos de que se componian el de *Comuneros*, nombre nada mal sonante en su origen, sino muy propio y expresivo para denotar que se levantaban para defender los intereses de la comunidad, del pueblo. Capitaneados los de las comunidades por D. Juan de Padilla, se apoderaron de doña Juana, y tomando su nombre,



decretaron la prision del presidente y oidores de la chancillería de Valladolid, y representaron á D. Carlos lo mismo que ya le habian hecho saber en las Cortés los procuradores. Informado tambien este de lo ocurrido por los flamencos, asoció al gobierno del cardenal al almirante de Castilla D. Fadrique Enriquez y al condestable D. Íñigo de Velasco, escribiendo al mismo tiempo diferentes cartas á la nobleza para que no hiciese causa con los comuneros.

Estas cartas produjeron su efecto, y con tanta más oportunidad, cuanto que las comunidades empezaron á manifestarse hostiles á la nobleza. Por esta causa, y por las excisiones que se manifestaron en el campo de los sublevados, algunas ciudades comenzaron á deponer las armas; la nobleza, unida á los realistas ó partidarios del rey, levantó un ejército respetable, y la batalla decisiva de Villalar, ganada por los realistas contra los comuneros, pagando con sus vidas los principales caudillos, destruyó la liga. Toledo, despues de una resistencia tenaz, que sostuvo la ilustre y valerosa doña Juana Pacheco, mujer de Padilla, se rindió al poco tiempo, y D. Carlos, recién llegado de Alemania al terminarse esta guerra, acabó de apaciguar la rebelion. Tambien en Valencia hubo la guerra llamada de la Germania, guerra, no contra los abusos del poder real, sino del pueblo contra la nobleza, así como en Mallorca. En Aragon hubo alarmas y temores, pero no sedicion abierta y declarada.

Desde el fin de las comunidades hasta las expediciones de Carlos I al Africa, mediaron las guerras primera y segunda con Francisco I, rey de Francia. De modo que el tiempo que estuvieron suspendidas las hostilidades entre la segunda guerra y la tercera, fué la expedicion de Carlos I á Túnez. Conócese con el nombre de Berbería la parte del continente de Africa cuyas costas baña el Mediterráneo; dividido este país entonces en muchos reinos, eran los principales Marruecos, Argel y Túnez. Su historia antes del siglo XVI es poco conocida, y no merece serlo; pero en este tiempo aconteció un hecho que hizo de los Estados berberiscos una potencia temible á los europeos. Horuc y Aradin, conocidos más por el sobrenombre

de Barbaroja, hijos de un ollero de la isla de Lesbos, fueron los autores de esta revolucion. Reuniéndose á una banda de piratas, y distinguiéndose entre ellos, tuvieron la habilidad de juntar una pequeña armada, y de uno en otro suceso, apoderarse del reino de Argel y del de Tlemecen. Horuc, el mayor, murió peleando contra los españoles que guardaban á Orán. Le sucedió Aradin, quien puso sus Estados bajo la proteccion de Soliman el Magnífico, y le manifestó el pensamiento de conquistar á Túnez, como lo hizo.

En este estado las cosas, D. Carlos no pudo ya permanecer indiferente á las súplicas del rey destronado de Túnez, Muley Hasam, y á las quejas de la cristiandad, que le consideraba como el único monarca capaz de poner fin á los robos y tropelías de esos piratas. Carlos I, reuniendo todas sus fuerzas para una empresa en que tenia fija su atencion toda la Europa, se embarcó en Barcelona y arribó á la vista de Túnez. Los resultados de esta expedicion fueron la toma del fuerte de la Goleta, la destruccion del ejército de Barbaroja, apoderarse de Túnez, restablecer á Muley como feudatario del rey de España, y dar libertad á veinte mil cautivos cristianos, que publicaron por toda Europa la generosidad y el poder de su libertador, haciéndose digno de ocupar el puesto de primer soberano de la cristiandad.

Concluida la tercera guerra con Francisco I, y durante la tregua de Niza, el rey D. Carlos convocó Cortés en Toledo, castigó la revolucion de Gante é hizo una nueva expedicion á Argel. De las causas que influyeron en la suspension de la guerra, no fué la ménos eficaz la falta de recursos; esto obligó al rey D. Carlos á reunir en Toledo las Cortés de Castilla y pedir subsidios. Hubo una oposicion fuertísima á concedérselos, sobre todo en la nobleza, que se los negó del todo; primero, porque los creia innecesarios para el bien de la nacion, y en segundo lugar, porque no queria perder el privilegio de no pagar pecho ni tributo. Carlos V cedió por consideraciones políticas, obtuvo un cuantioso donativo de las ciudades; pero desde entonces no volvió á llamar á las Cortés los brazos de la nobleza ni del clero.